

Cartas para el futuro**

Traductor: Felipe Ortiz Vanegas
Estudiante de Historia
Universidad de Antioquia

20 de febrero de 1792, París

Las tinieblas que trae la noche son refugio para aquellos a quienes se les niega ser a plena luz del día; es en ellas cuando las calles parisinas se llenan de espectros que reclaman lo oscuro para sí. Mi caso es diferente: aunque quisiera, no podría ser uno de esos hombres ebrios que van tambaleándose por los callejones en busca de mujeres alegres; tampoco podría ser una de ellas. Me sirve de consuelo saber que, en esta oscuridad, ante la luz de las velas, puedo fruncir el ceño sin que nadie me exija un gesto amable y destilar el desprecio acumulado, en estos veintidós años, en líneas que una tras otra han ido al fuego. Mujer, negra y esclava, tres veces negada.

Conozco las fórmulas habituales para iniciar una carta, pero ¿cómo decir “querido...” o nombrar al destinatario, cuando ni siquiera sé muy bien a quién va dirigida? Sé, por el contrario, a quién no se dirige: la mayoría de hombres y mujeres de mi tiempo, para quienes mi historia no merece ser leída; tal vez en el futuro tenga alguna oportunidad. Podría tachármeme de vanidosa, y sin embargo, tantos años obligada a fingir ser otra, Anne-Marie, la esclava, el personaje, justifican con creces que quiera hablar de mí, de aquello que pervive de Soué, pequeña robada de las llanuras africanas, que resurge en las noches.

**En el año 2015, se realizó en la École des hautes études en sciences sociales, de París, una investigación que buscaba hacer una prosopografía de los ilustrados parisinos del siglo XVIII. Étienne Duchesneau, personaje marginal del movimiento iluminista, fue una de las figuras estudiadas. En la biblioteca de este, se hallaron dos cartas escritas por Soué (bautizada Anne-Marie), mujer esclavizada de quien tan solo se sabe lo escrito en ellas. Se presenta aquí la traducción de las cartas expuestas en el resultado final de la investigación bajo el título de Lettres pour l'avenir.

PENSAR HISTORIA

He planeado fugarme hace meses, pero esto que escribo no estaba dentro de mis planes. Es un recuerdo el que motiva esta carta, que será la única, de lo que he escrito, en no ser incinerada. Esta tarde vi el cielo arrebolado sobre París; por un momento volví a mis días de infancia, cuando me acostaba con mamá en los pastizales de mi pueblo a ver el cielo y escuchar de sus labios las historias de los ancestros de mi tribu. Quise eternizar el recuerdo, permanecer perpetuamente en el cálido rojo de las nubes. Miento, más que eternizar el recuerdo, tuve miedo de bajar la mirada y volver a vivir el terror de lo que sucedió hace veintidós años y se ha prolongado, día a día y en múltiples maneras, hasta hoy. Sin permitirme una lágrima, hice un gran esfuerzo y volví la vista sobre París. A lo lejos vi a Duchesneau, el tonto y ufano *citoyen* Duchesneau,¹ quien exige a sus hijos que en casa —y cuando no haya visitantes— le llamen *monsieur* Duchesneau.² Fue entonces que decidí escribir esta carta. Si imbéciles como Étienne Duchesneau serán nombrados en las centurias por venir, ¿por qué mi nombre y mi historia deben ser sepultados?

Nací en las vastas llanuras del río Congo, en el Reino de Loango,³ y fui nombrada Soué. Recuerdo que, en medio de las historias que mamá me contaba, siempre estaba la advertencia de no ir en dirección a la costa. Nunca lo hice. Sin embargo, aquello que sucedía allí llegó hasta nosotros. Mirábamos el cielo convirtiendo los dibujos de las nubes rojizas en relatos que hablaban de los primeros Ma-loangos del reino.⁴ De repente, al mirar a tierra, vimos un grupo de jinetes que se dirigía a nuestro pueblo. El rostro de mamá se desfiguró horrorizado mientras mascullaba “otra vez no”. Corrimos hacia los bosques de la orilla del río, pero fue inútil, los tres jinetes que se dividieron del grupo principal al vernos, nos alcanzaron con rapidez.

1 De Étienne Duchesneau (1732-1793) se conoce realmente poco, pues, aunque se sabe que se relacionó con figuras como Diderot, D’Alambert y François-Marie Arouet, no dejó obra escrita. Perteneció a una familia aristocrática parisina y su casa fue, en algunas ocasiones, lugar de encuentro para las discusiones de los ilustrados de París. El advenimiento de la Revolución francesa de 1789, y la abolición de privilegios de la nobleza, arruinó progresivamente a Duchesneau, quien, sin embargo, dejó como herencia, a sus hijos Pierre, Antoine y Liberté, una inmensa biblioteca.

2 La Revolución francesa de 1789, eliminó la palabra *monsieur* como forma de trato cortés por considerarla propia del *Antiguo Régimen*; en cambio, se implementó la palabra *citoyen* (ciudadano) para dar cuenta de la igualdad en la nueva forma de organización social y política.

3 Este reino, cuya extensión territorial abarcó lo que en la actualidad es Angola, República del Congo, República Democrática del Congo y Gabón, existió desde el siglo XV al XIX, siendo el siglo XVII su período de mayor de apogeo en la trata de esclavos.

4 Denominación de los reyes de Loango.

PENSAR HISTORIA

Sentí un golpe en el cuello y caí desmayada. Al despertar, lo que fue mi pueblo ardía en grandes llamaradas que aturdían tanto como los gritos y charcos de sangre que salían de quienes, horas atrás, cantaban mientras araban la tierra. Estupefacta, solo pude emitir un gemido al ver el cuerpo desnudo de mamá horadado en el estómago; el grito se me ahogó en el pecho y aún está allí, creciendo, haciéndose gigantesco e incontenible.

La vida parece terminar donde empieza la esclavitud, es cierto, pero en los contornos de la muerte siempre hay algo que pugna por vivir. Lo supe a mis trece años, cuando, después de todo lo sucedido, y ya con el cuello y manos engrilletadas, me levanté y caminé al primer grito ininteligible de uno de los hombres que llegaron a caballo. Pronto, vimos otros jinetes y una gran cáfila de hombres, mujeres y niños divididos de a cuatro; a cada cuadrilla la custodiaba un hombre con lanza. A los recién llegados nos distribuyeron de la misma manera. Delante de mí iban otras tres niñas, todas unidas por sogas que ataron a los grilletes de nuestros cuellos; después iban las mujeres y luego los hombres. Los rostros ensombrecidos, sollozos y lamentos, contrastaban con las risotadas y celebraciones de los jinetes que iban

al frente, embriagados por el ron y apesando a tabaco.

Hasta ese momento, los hombres blancos tan solo eran para mí un mito, gente que emergía de lo profundo del mar para venir a nuestras costas y hacerse a esclavos, y con la piel de estos hacer sus botas negras, y con su sangre una bebida embriagadora. Todo eso se decía al interior de la costa, mamá también me lo dijo. Allí estaban, vi sus pieles blancas y negras barbas desde mucho antes de llegar hasta ellos; también vi cientos de negros encerrados en angostas armazones. Recuerdo haberme preguntado con ingenuidad por qué si los blancos eran tan monstruosos, gente de nuestro mismo color de piel nos llevaba hacia ellos. Ahora, que soy reticente, a fuerza de lo que he vivido, a todo y a todos, sé que tanto los blancos como los negros, las mujeres como los hombres, pueden ser receptáculos de maldad e injusticia.

Los jinetes desmontaron sus caballos, hicieron un ademán a los hombres con lanzas que nos custodiaban y se fueron con los blancos, provenientes de Francia, que les ofrecían más ron y tabaco. Transcurridas algunas horas, regresaron trastabillando y lanzando miradas lascivas a las mujeres negras. El médico que venía con

PENSAR HISTORIA

los franceses inició la revisión de los recién llegados. Una vez desnudos, examinaba nuestros cuerpos, dientes y ojos; y luego separaba a quienes hallaba enfermos. En varias ocasiones, los tripulantes franceses pedían que se les dejara revisar a las mujeres, y entre risas y silbidos, pasaban con lascivia sus sucias manos por los cuerpos desnudos de las negras, que, con notable esfuerzo, contenían el llanto. En ese momento no comprendí, llorar habría sido satisfacer, aún más, a los franceses. El viaje por el Atlántico me enseñó que incluso la muerte, en determinadas circunstancias, puede ser un acto de resistencia. Pero no me adelanto.

Poco a poco fueron embarcándonos. Durante dos o tres semanas, nos fueron llevando al barco en pequeños grupos junto con barriles llenos de agua que recogían al interior de la costa. Estos ocupaban bastante espacio en la chalupa, por lo que la embarcación fue lenta. Al llegar al barco, supe que nosotros —la gente que llegó conmigo— fuimos de los últimos en embarcar; pues antes de ser llevados bajo cubierta, se sentía ya una pestilencia que lo invadía todo. Al bajar las escaleras, un murmullo de quién sabe cuántas personas se escuchaba. Todo estaba oscuro, solo se distinguían algunos rostros que el candil iba alumbrando a su paso. Con los días me enteré de que la distribución era simple: hombres en la popa, mujeres en la proa y niños en el centro, pero cuando llegué allí no supe nada, estaba aterrorizada. El miedo se hizo mayor cuando me ataron de costado en un poste y la exigua luz se fue alejando. Mucho tardé en desaturdirme y escuchar lo que pasaba alrededor, sin embargo, cuando lo hice, creció más mi temor, pues los llantos y quejidos, junto con aquel aire pesado y pestilente, hacían de aquel lugar un verdadero infierno en donde los blancos eran los encargados de causar tormentos.

En ese momento no sabía leer, pero nunca olvidé las formas en pintura negra que tenía aquel barco en su costado, cuyas iniciales fueron grabadas en mi cuerpo. *La Marie-Séraphique*, supe tiempo después que se llamaba.⁵ Para ese entonces ya había dejado el puerto de Nantes y llegado a mi parada hasta ahora: París. Si todo

5 Sobre esta embarcación se conoce bastante. Los cofres de marina para guardar papeles importantes fueron habituales en los barcos negreros. En el caso de *La Marie-Séraphique* se pudo hallar un valioso archivo, incluyendo acuarelas que muestran el plano, perfil y distribución de la embarcación. De ahí se sabe con exactitud que en los cuatro viajes que hizo de África a las Antillas, transportó cerca de 1.344 hombres, mujeres y niños. Por la fecha de la primera carta, y por el tiempo de esclavizada que Soué señala, se deduce que su viaje fue en 1769.

PENSAR HISTORIA

sale bien, pronto estaré en aquella isla que no conocí porque ya estaba destinada, aunque pudo haber sido cualquier otra joven, a viajar a Europa a casa de Duchesneau. Tan solo un puñado de niñas quedamos en el barco cuando empezaron a desembarcar, lo más rápido posible, los esclavos para ponerlos en venta en la costa de Saint-Domingue.

El *Code Noir*⁶ nos define como bienes muebles, y como tal nos vendían. Son pocos los esclavos que pueden leer por cuenta propia este infame documento. Yo soy uno ellos, y mientras lo leí, pensaba que, por más años de esclavitud que se vivan, nunca se olvida la vida antes del cautiverio; además, por más que se nos trate como objetos, nunca lo seremos. Muchas veces, al planear mi huida, los castigos que impone este código me hicieron temer,⁷ pero debo llegar a aquella isla en la que se desata la lucha por nuestra libertad; ya no tengo miedo.

Las raciones de comida fueron pocas las primeras semanas, sin embargo, a medida que nos acercábamos a Saint Domingue, fueron aumentando. Gachas de bizcocho o de maíz la mayor parte del tiempo; era el agua lo que escaseaba. Abajo todos estábamos asustados, pero, poco a poco, hasta yo noté que los blancos también lo estaban. En medio de la oscuridad y el aire sofocante y putrefacto, se levantó, en varias ocasiones, una voz que iniciaba tímida un canto al que se iban uniendo otras, engrosando el sonido homogéneo y multitudinario que hacía trepidar el barco cuando los golpes de las cadenas contra los postes se unían a la melodía ahora gritada rabiosamente por los cautivos.

Pude ver el miedo en el rostro de los blancos la primera vez que me llevaron a cubierta. También vi que a algunos de los sacaban a rastras de la bodega, ya estaban muertos. Para arrojarlos al mar debían desencadenar a todos los que estaban atados,

6 Decreto iniciado por Jean-Baptiste Colbert, terminado por su hijo el marqués de Seignelay en 1683 - 1684 y aprobado por Luis XIV en 1685. Este código definía las condiciones de esclavitud en el imperio colonial francés, restringía y sancionaba las actividades de los negros, tanto esclavos como libres. Es considerado uno de los documentos más relevantes sobre raza, esclavitud y libertad hecho en Europa.

7 El artículo 38 de este código se refiere a los castigos de esta forma: “Al esclavo fugitivo que haya estado huyendo durante un mes desde el día en que su amo lo denunció a la policía, se le cortarán las orejas y se le marcará con una flor de lis. Si comete la misma infracción por otro mes, contando nuevamente desde el día del denunciado, se le cortará el tendón de la corva y se le marcará con una flor de lis en el otro hombro. La tercera vez, será condenado a muerte”.

PENSAR HISTORIA

y cuando lo hacían desenfundaban inmediatamente sus armas. En una de estas ocasiones, uno de los hombres recién desencadenados corrió hacia un costado del barco y se lanzó al agua. Los marineros empezaron a disparar, pero pronto el capitán dio orden de parar. Todos sabíamos que ya estaba tan muerto como aquellos que arrojaban inertes por la borda. Pensé mucho en esto y pronto entendí que decidir la muerte también puede ser un acto de rebeldía, comprendí que no era solo por la tristeza por lo que a muchos tenían que obligarlos a comer.

Ahora que sé leer y he tenido acceso a la biblioteca de Duchesneau, sé que probablemente fue el escorbuto el que mató a muchos de quienes iban en el barco, puesto que a las raciones de comida se añadieron tragos de jugo de limón, que se cree sirve contra esta enfermedad. Desde un primer momento, Duchesneau se empeñó en enseñarme francés, a leer y escribir. Según dijo en varias ocasiones, cualquiera que habitara su casa, incluso su esclava, debía tener un mínimo de luces, pues es el conocimiento el que da la libertad y procura buenos modales. Los esclavos que se rebelaron cuando estuvieron en cubierta me demostraron que no se necesita saber leer y escribir para buscar la libertad. Para mí sí ha sido necesario, pues es lo que he vivido, pero también lo que he leído, lo que justifica y motiva mi búsqueda de libertad, mi huida.

Pocas veces he visto leer o escribir a Duchesneau, de ahí que de entre los hombres que vienen a esta casa, sea a mi parecer el más corto de entendimiento. En ninguno de ellos confío, ¿cómo podría hacerlo?, sin embargo, es al marqués Condorcet⁸ a quien más acalorada y acertadamente he visto debatir sobre el asunto de los negros y reprochar a Duchesneau mi presencia como esclava. Quizás por esto no ha vuelto, pues este reproche dejó a Duchesneau notablemente molesto. Supongo que, para muchos de los ilustrados, lo económico se impone a la justicia que un ejercicio racional mínimo demanda. Pero, a fin de cuentas, Francia no sería nada sin sus posesiones de ultramar. El azúcar que se consume por toda Europa está manchada por

8 Debe recordarse que Nicolás de Condorcet (1743 - 1794) presidió la *Société des amis des noirs* (Sociedad de amigos de los negros) y, en tal calidad, fue un propulsor, aunque moderado, de la abolición de la esclavitud en Francia. También escribió importantes obras al respecto, como su *Réflexions sur l'esclavage des nègres* (Reflexiones sobre la esclavitud de los negros) en 1781.

PENSAR HISTORIA

la sangre de miles de esclavos que han muerto para que estos *messieurs* y *mesdames* puedan endulzar sus tés. Las consignas que tanto han proclamado los revolucionarios franceses desde 1789 hasta ahora, *liberté, égalité et fraternité*, son un insulto para aquellos que hemos sido despojados de humanidad y convertidos en objetos de compraventa.

Una vez vendidos los esclavos en la costa de Saint-Domingue y llenado el barco con agua y mercancías para llevar a Europa, partimos rumbo al puerto de Nantes. ¿Aca-so es necesario decir que este último trayecto, de un viaje ya tormentoso, fue el más traumático? Un puñado de negros, en su mayoría niñas, quedamos a merced de los marineros borrachos que celebraban el éxito de su campaña. Cualquier imaginación, por reducida que sea, podrá hacerse una idea de lo que para mí es indecible. Ya el lento despuntar del sol se apodera poco a poco de la oscuridad, y los seres que en ella pueden ser, incluyéndome, deben ocultarse y ser otra cosa, algo más acorde con lo socialmente aceptado. En mi caso, Soué debe dar paso a Anne-Marie, la luz a la oscuridad, la rebeldía a la sumisión. No siempre será así, llegará el día en que deje el escenario, en que mi vida a la luz del día no sea una actuación para el goce de un público que, aunque no entiende o aparenta no hacerlo, disfruta.

5 de junio de 1794, Saint-Domingue

Los rumores que desde 1791 han hecho palidecer a los franceses en París eran ciertos, *citoyen* Duchesneau, o ¿*monsieur*, debo decir?⁹ Recuerdo su desprecio por lo que pasaba en la isla; pues, según usted, era producto de una superstición tan solo posible por bárbaros que, como tales, deben ser sometidos a la esclavitud hasta que quizás en algún momento alcancen suficientes luces para gobernarse por sí mismos. Cuando arribé a la isla, en enero de 1793, lo confieso, tuve una sensación similar. Los campos estaban destruidos en su totalidad y de las plantaciones tan solo quedaban cenizas; aún se vivía una violencia que, ni siquiera durante mis últimos meses en París, pude notar en los guillotiniamientos públicos que parecían obla-ciones a

⁹ Esta segunda carta no pudo haber sido recibida por Étienne Duchesneau, puesto que murió guillotinado en 1793 al ser hallado culpable de traición por el Tribunal Revolucionario de París, vigente de nuevo desde marzo de ese mismo año. Sin embargo, llama la atención que, aunque escritas en distintas partes, ambas cartas fueron halladas dentro del mismo libro, lo que indica que alguno de los hijos de Duchesneau recibió esta segunda y leyó la primera. Por la estrecha relación de Soué, tal como lo indica al final de esta carta, con Pierre, Antoine y Liberté, resulta comprensible que hayan decidido conservarlas.

PENSAR HISTORIA

un dios cruento y antiguo. ¿Acaso no es comprensible esta violencia? Mientras que en 1789, y hasta hoy, los franceses luchan por conseguir y mantener los Derechos del Hombre y el Ciudadano, nuestra lucha es, en cambio, para que se nos considere humanos y no bienes muebles, ¿entiende la diferencia abismal que hay entre esa lucha y la nuestra? Porque para conseguir libertad o igualdad se necesita ser humano primero.

Supongo que cree saber quién le escribe, pero se equivoca, nunca fui ni seré Anne-Marie; soy Soué, así me nombraron mis padres y es ella quien se dirige a usted, desde la libertad. He aprendido, *citoyen* Duchesneau. Muchas veces le escuché decir que no había arma más peligrosa que los libros, y en eso estamos de acuerdo, sin embargo, agregaría que siempre y cuando sean bien entendidos. Por eso usted no es un peligro, y lo compadezco. Ahora entiendo sus silencios cuando las discusiones con Condorcet, D'Alembert o Diderot se tornaban apasionadas y alzaban sus voces al llegar a los puntos más decisivos de sus intervenciones, pero usted no lo hacía, tan solo se atrevía a musitar algo para apoyar la idea expuesta por alguien más, repitiendo lo ya dicho. Entiendo sus ruborizaciones ante temas en los cuales los demás coincidían pero que yo sabía que usted no estaba de acuerdo. Quizás usted sea tan esclavo, tan personaje, como yo lo fui, salvo que su papel solicita jugar a no serlo.

Es extraño lo que siento por usted. Por un lado, le tengo lástima, pues no es ni de cerca lo que cree ser; pero, por otro, un profundo odio, que si su inteligencia lo permite, verá destilado en estas líneas que le escribo. Me oprime el pecho al recordar cuando expulsaba en tono de superioridad y encono ante mí y sus hijos, todo aquello que callaba con sus amigos. Podría mencionar otras cosas que lo harían ruborizar aún más, pero no quiero que, por azares de la vida, cuando esta carta llegue a su casa sea abierta por sus hijos; sé que es algo que harían.

No se equivocó del todo al atribuir la rebelión de esclavos en Saint-Domingue a la superstición. Al principio, mis veintidós años en París se notaron. Yo también, una vez instalada en esta nueva realidad de hostilidad permanente, utilicé palabras

PENSAR HISTORIA

como mito o superstición para explicarme algunos eventos. Pero, poco a poco, una rabia incontenible empezó a recorrerme el cuerpo, y escuché de nuevo aquellas voces desgarradas cuyos cantos me entraban por los poros y hacían resonar mi cuerpo al ritmo de melodías que sabían decir mejor que las palabras el odio que a todos nos congregaba. Entonces abrí los ojos y me di cuenta de que aquellos mitos no debían ser negados, pues es nuestra forma de hacer pervivir África en nosotros. Ustedes también tienen sus propios mitos, sus mártires, que al igual que a nosotros les sirven para avivar el deseo de conseguir lo que se considera justo. Y si, a su parecer, matar en nombre de las deidades del vudú, es algo bárbaro, es porque entonces usted no conoce la historia de su continente y su país. Es el Dios cristiano el que ha bebido más sangre de los sacrificios que en su nombre han hecho.

Sentí temor cuando me contaron los pormenores de aquella noche de agosto de 1791, cuando los negros se reunieron en *Bois Caiïman* y, en una mezcla de ritual vudú y reunión conspirativa, juraron asesinar a los blancos. El cielo se rompió en un fuerte aguacero, con rayos y truenos que cada tanto herían y hacían temblar con su sonido la tierra. Esto no fue impedimento para que escaparan de las plantaciones y se dirigieran al bosque al encuentro de los *loas*¹⁰ que los llamaban. La *manbo*¹¹ Cécile Fatiman, poseída por espíritus vudús, empezó a mover convulsivamente su cuerpo al ritmo de los tambores mientras se expresaba en lenguas no habladas en este mundo. Con la mirada perdida, sin dejar de bailar, tomó un cuchillo y en alaridos degolló un cerdo negro cuya sangre fue repartida en totumos entre todos los allí presentes.

Todo esto me atemorizó cuando me lo contaron, sin embargo, lo sucedido luego me tranquilizó y encendió un enojo centenario que todos los cautivos llevamos dentro. El *houngan*¹² Dutty Boukman reunió en su discurso aquel enojo cuando pronunció las palabras que ahora pasan de boca en boca en Saint Domingue: “El Dios que creó al sol que nos alumbró, que riza las olas y gobierna las tormentas, aunque oculto tras las nubes, nos contempla. Ve todos los actos de los blancos. El Dios de

10 Espíritus vudús intermediarios entre *Bondye* (del francés *Bon Dieu*, buen Dios) y la humanidad.

11 Sacerdotisa vudú.

PENSAR HISTORIA

los blancos incita al crimen, pero el Dios nuestro inspira la bondad. Nuestro buen Dios nos ordena vengar nuestras ofensas. Él dirigirá nuestras armas y nos ayudará. Derribemos el símbolo del Dios blanco que tan a menudo nos ha obligado a llorar, escuchemos la voz de la libertad que habla en el corazón de todos nosotros”.

La voz de la libertad que habla en el corazón de todos nosotros. Estas palabras no son lejanas de aquellas que escuché, incluso de usted, en París. Aunque le cueste creerlo, no todo es superstición y vudú, –como sé que piensa–, en Saint-Domingue. Los rumores van y vienen, rápidos como el viento, y con ellos vienen ideas, palabras que hacen imaginar otras posibilidades, otras formas de habitar el mundo. *Liberté, égalité et fraternité*, ¿acaso no cree que estas palabras sean más significativas para un esclavo que para cualquier otro? Así es, las ideas que han convulsionado Francia desde 1789, han sido bien entendidas y ejecutadas por los negros esclavos de Saint-Domingue, salvo que, como habría de esperarse, con mucha más radicalidad y violencia. Pero esto no debería ser nuevo para usted, pues algunos de sus amigos expresaban la necesidad de hacer universales los valores revolucionarios e ilustrados y, en ese sentido, la abolición de la esclavitud es una consecuencia lógica.

Nunca fueron gratas esas ideas para usted, de ahí el desprecio que sentía por muchos integrantes de la *Société des amis des Noirs* y por todo aquello que hiciera pensar en la libertad de los negros. Alguna vez dijo que lo que la ilustración había logrado en este siglo era tan grande, que a muchos los había cegado haciéndoles pensar que incluso bárbaros como negros e indios pueden ser ciudadanos. El problema, *citoyen* Duchesneau, es que usted, por más que lo quiera y lo predique, no es un ilustrado, y mucho menos un revolucionario.

No quiero que me malinterprete. La influencia francesa se siente en la isla, ha sido decisiva, pero la rebelión nace –más allá de un ejercicio racional y de abstracciones–, del deseo de nuestros cuerpos y espíritus por romper las cadenas y dejar de ser la propiedad de alguien, pertenecernos. Tampoco quiero que piense que le escribo esta carta con un tono de victoria, pues, por lo que he vivido, soy una mujer desconfiada y aún tengo muchas dudas sobre las formas en que se ha llevado a cabo todo

PENSAR HISTORIA

esto. Le escribo, como dije antes, con una mezcla de lástima y odio.

No creí en las promesas de los españoles y británicos que desde 1792 han arribado a la isla; tampoco creo en los comisionados Sonthonax y Polverel,¹³ cuya estrategia de otorgar la libertad a los esclavos que hagan parte del ejército y luchen por la república, justamente ahora que pierden la guerra, me parece descaradamente conveniente para sus intereses. Mucho menos creo en la noticia que llegó hace poco de un decreto de abolición general de la esclavitud.¹⁴ Y, aunque sé que esto le va a complacer, tampoco creo en muchos de los caudillos que han querido personificar las demandas de los cautivos de la isla.

Tal vez tenía razón Rousseau cuando dijo que el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe. ¿Cómo pretender, entonces, que hombres y mujeres durante tanto tiempo atormentados no estén corrompidos también? A mí misma me he descubierto presa de un odio ávido por vengarme con los autores de mis desdichas. Y si me siento así yo, que si comparo mi cautiverio con quienes sirvieron en esta isla, soy afortunada; no puedo siquiera dimensionar el desprecio que ellos sienten. El odio no sabe de colores de piel, se esparce y mancha todo. Por eso no confío. Sin embargo, eso no quiere decir que no tenga esperanza. La tengo, pero es una esperanza atenta, de ojos abiertos que miran a todas partes mientras esperan un futuro que es más incierto para nosotros que para los demás. No soy tonta, *citoyen* Duchesneau, entiendo lo que pierde Francia si Saint-Domingue se independiza y se acaba la esclavitud. Quizás estos sean los primeros años de una prolongada lucha en la que el tiempo y los avatares humanos decidirán el vencedor. Tal vez no alcance a ver el desenlace de todo esto, sin embargo, insisto, tengo esperanza.

Sé que mi esperanza es más grande que mi odio. Lo supe hace muchos años, cuan

do quise que de mis senos manara veneno para que muriera aquel bebé que no

13 Léger-Félicité Sonthonax (1763-1813) y Étienne Polverel (1740-1795) fueron electos como comisionados de Saint-Domingue en 1792 por la Asamblea Nacional. En la isla fueron recibidos con muchas reservas por los *grands blancs* quienes pensaron que, al ser representantes jacobinos, iban a disolver las prerrogativas que la sacarocracia blanca tenía en el Antiguo Régimen.

14 La Convención Nacional abolió la esclavitud en todo el Imperio Francés en el decreto del 4 de febrero de 1794, sin embargo, las reservas que muestra Soué en su carta ante dicha noticia son acertadas, pues este decreto no operó eficazmente en los territorios esclavistas y sería derogado por Napoleón Bonaparte en 1802.

PENSAR HISTORIA

era mío y, sin embargo, se alimentaba de mí, de mi pecho inmaduro obligado a lactar tras meses de estimulación. Así es, en ese momento quise que el pequeño Pierre muriera, pero luego, al ver sus ojos expectantes, ávidos de mundo, un hálito de esperanza fluyó de mí y quise hacerlo alguien que no fuera como usted. Pierre, Antoine y Liberté fueron alimentados con mi leche y mi esperanza. En ese mundo en el que fui cautiva, puse toda mi fuerza para demostrarme a mí misma que podía haber bondad en los blancos, incluso en sus hijos, y lo logré, ellos son tan diferentes a usted que debería sentirse orgulloso.

Si en aquel mundo de cadenas pude verter mi esperanza en sus hijos, ¿por qué no hacerlo en estos hombres y mujeres que, al igual que yo, fueron puestos en cautiverio? Las cadenas por fin han empezado a resquebrajarse ante su incesante golpear contra la tierra por miles de esclavos que enfurecidos alzan sus manos al cielo para luego dejarlas caer, pesadas, contra el piso. Mi esperanza canta y baila. A lo lejos, oigo los tambores que, suaves, inician un ostinato que se va llenando de cantos y silbidos que las gargantas desgarradas despiden como un discurso elocuente, inteligible para todos y cada uno de los allí presentes.

Debo despedirme, *monsieur* Duchesneau. Esta vez no me sorprende el alba obligándome a tomar mi lugar e interpretar el papel de la esclava Anne-Marie. Esta vez escribo a plena luz del día, sin miedo a ser descubierta. Mi lugar está junto a quienes ahora llaman para que mi cuerpo sea uno más entre el sofocante crepitar de piernas que, a ritmo de tambores, golpean la tierra como casquetes de caballos galopantes. Debería poner su oreja contra el suelo; es tan avasalladora la música de los ex-cautivos en Saint-Domingue, que la tierra se transforma en un tambor inmenso percutido al mismo tiempo por todos nosotros. De seguro, hasta en Francia ha de escucharse el sonido furioso que desde aquí lanzamos al mundo y que dice sin cesar: nunca más esclavos.

Hasta nunca, *monsieur* Duchesneau.
Soué.

PENSAR HISTORIA

Bibliografía

Boutry, Pierre-Antoine, Dubois, Eliette, Moreau, Jerome, Laurent, Martin, Leroy, Émile. *Une biographie commune: réseaux et productions intellectuelles des Lumières de Paris pendant la seconde moitié du XVIIIe siècle*. París: EHESS. Editions de L'École des hautes études en sciences sociales, 2016.

Helg, Aline. *¡Nunca más esclavos! Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2018.

Iliffe, John. *Historia de un continente: África*. Madrid: Ediciones Akal, 2013.

James, C.L.R. *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*. México D.F: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Klein, Herbert. *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y en el Caribe*. México D.F: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2013.

Martínez Peria, Juan Francisco. *¡Libertad o Muerte! Historia de la Revolución Haitiana*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2012.

Museo del oro (Bogotá). *A bordo de un navío esclavista, La Marie-Séraphique: colecciones del Museo de Historia de Nantes - Castillo de los duques de Bretaña / Museo del Oro, Banco de la República; guión y curaduría, Bertrand Guillet, Krystel Guardé; guión línea colombiana, María Alicia Uribe Villegas, Eduardo Londoño Lavertde, Lina María Campos Quintero*. Bogotá: Banco de la República, 2018.

Vassa, Gustavus. *El interesante relato de la vida de Olaudah Equiano o Gustavus Vassa, el africano. Escrito por él mismo* (Trad. Mariángel Mauri). Buenos Aires: Los Lápices Editora, 2021.